

TABLON DE ACONTECIMIENTOS

TRAS LAS ELECCIONES:

PAISAJE DESPUES DE UNA BATALLA

Las elecciones generales de junio de 1986 han resultado concluyentes sobre el panorama político del país. De un lado, la opción más claramente conservadora ha fracasado patentemente en su intento por consolidarse en alternativa de poder al PSOE: muy probablemente por el propio inmovilismo de sus líderes y por el inequívoco sabor genuinamente reaccionario de sus intenciones. Es un fracaso que originará a buen seguro —ya lo está haciendo— una seria crisis en el centro-derecha, que sólo culminará con el relevo generacional en la cúpula de ese espacio político y la llegada al poder de personas sin ninguna conexión en su pasado político con el franquismo.

En el otro lado del espectro, tampoco se puede hablar de éxito. Izquierda Unida, todavía demasiado difusa, poco fefinida y marcada en exceso por el peso del PCE, no ha conseguido credibilidad suficiente en su electorado potencial, pero tampoco ha sido capaz de traer a la anodina arena política española ideas nuevas y auténticamente diferentes a las dominantes.

El triunfo del PSOE, así, no ha sido demasiado problemático. Sin competidores serios a sus costados, su victoria se ha debido, más que a sus propios méritos, a la debilidad de sus oponentes. Esa era, en realidad, su máxima consigna electoral: la ausencia de alternativas.

Ha sido, sin duda, un triunfo del centro. El PSOE se perfila cada vez más como un partido reformista moderado de carácter claramente burgués. Con ello conecta perfectamente con una mayoría social espiritualmente aburguesada, profundamente conservadora en lo esencial, pese a las apariencias, y dominada únicamente por motivaciones materiales. Una mayoría que desconfía de todo intento realmente transformador e incluso de la propia política, si es que no sirve para objeti-

vos tangibles que la beneficien en lo inmediato. Como ha escrito Ludolfo Paramio, el pueblo español ha heredado del franquismo un marcado cinismo político que provoca un escepticismo sistemático respecto a la virtualidad de toda política que piense a largo plazo: de aquí al conservadurismo generalizado sólo hay un paso, que nuestra sociedad ha dado con absoluta convicción.

Tenemos, pues, los partidos que nos merecemos, como no podía dejar de ser. Y entre ellos triunfa el más astuto, el más estructurado, pero también el que mejor combina su moderantismo de fondo con las ambiciones de cambio superficial de la sociedad y el que, al tiempo, mejor sabe acomodarse al signo de los tiempos que internacionalmente marcan los que mandan. No es de extrañar, así, la progresiva decantación del PSOE en esa dirección. Del tradicional marxismo obrerista se pasó en 1982 a un programa electoral polarizado por la modernización social y la "moralización" de la política, para concluir ahora en un único, hincapié en la "modernización". Una modernización, al tiempo, cada vez más reductoramente definida: prácticamente se entiende ya sólo como una adaptación técnico-productiva a la transformación tecnológica impulsada por el capital internacional como recurso básico de superación de la crisis.

Es una adaptación, además, que, como ha escrito José Aumente —el afortunado inventor de la teoría del "felipismo"—, se pretende realizar desde una óptica esencialmente liberal, amparándose básicamente en los mecanismos del mercado. Y eso, lógicamente, exige dejar mayor campo libre para el desenvolvimiento de esos mecanismos: es decir, mayor liberalismo económico, reprivatización de los ámbitos del Estado que el sector privado desea y endurecimiento general de la ley de mercado. Todo ello combinado con un paralelo fortalecimiento de la labor estatal de guardián del orden público, necesario para el libre juego del mercado. En suma, un modelo que ya no es ni siquiera el socialdemócrata puro, sino que combina liberalismo y burocratismo en grandes proporciones y que apuesta sólo como máxima aspiración para el futuro de España por dotar de mayor competitividad a su aparato productivo, olvidando —o no valorando suficientemente— los costes de ese proceso y desasistiendo a quien los padece.

No se trata, por tanto, como se ha señalado repetidamente, del fin de la utopía socialista, sino del olvido de toda aspiración moralizadora y de toda inspiración transformadora en un sentido de equidad y justicia de la política. Algo que, adicionalmente, conlleva un serio riesgo para la propia idea de la democracia. En efecto, esta pacata interpretación de la "modernización", que no es la única posible, comporta

una paralela tecnocratización de la vida política y requiere una desmovilización y una apatía generales en la población. Provoca también, lo que es aun peor, el crecimiento de la desigualdad y de la insolidaridad social, una creciente tendencia hacia la dualización de la comunidad y una difícilmente negable pérdida de contenido democrático global en nuestra convivencia.

Guste o no guste, así estamos. Y además, ideológicamente desarraigados, sin capacidad de plantear una alternativa realista y viable de auténtico progreso frente a la situación generada tras la crisis económica y el consiguiente desarbolamiento ideológico de la izquierda. Una alternativa que habría de pretender necesariamente la profundización democrática en todos los ámbitos y que habría de aspirar al desarrollo material, pero también al crecimiento del grado de libertad, justicia y fraternidad de la sociedad, siempre con la mira puesta en la defensa de la dignidad de la persona.

Por ello, es urgente, y enorme, la tarea política a realizar. Pero sin olvidar que se trata de una labor que trasciende a la propia política: no sólo es necesario colaborar en la construcción de un nuevo modelo de sociedad, sino también, y muy especialmente, en el imperioso desentumecimiento social, en el desaburguesamiento de nuestra comunidad preciso para la conformación de una base social capaz de imponer ese nuevo modelo. Siempre, como no se cansó de repetir Mounier, la política es ante todo una pedagogía. A ello debiera servir nuestro Instituto.

TODOS SOMOS AFRIKANERS

De nuevo este verano ha vuelto Sudáfrica a los titulares de la prensa. De nuevo la sangre ha coloreado la oscura piel de muchos de sus habitantes. De nuevo ha estallado la inevitable —y pacífica— protesta de un pueblo oprimido hasta extremos inconcebibles. Y de nuevo, como siempre, ha aparecido frente a ella la violencia sin eufemismos —cruel, cínica y planificada— del poder, revelación noticable de una cotidianidad permanentemente violenta. Una cotidianidad caracterizada por una detalladísima confirmación legal de las diferencias de facto

existentes entre las poblaciones blanca y negra. Este es quizás el más llamativo aspecto de la situación sudafricana: la existencia de un sofisticado y complejo entramado legal que niega la Declaración Universal de los Derechos Humanos y que define hasta en sus mínimos aspectos los derechos y obligaciones, las posibilidades y funciones de cada raza, siempre, naturalmente, en beneficio de los blancos y en perjuicio de los negros. Es lo que se ha denominado "apartheid": un conjunto de normas que regula desde el derecho de propiedad a los trabajos disponibles para la raza negra hasta sus relaciones sexuales, sus movimientos y residencias o sus compañías en la celebración de los actos religiosos. Todo ello encaminado a la evidente finalidad de reservar al blanco las mejores posibilidades y a evitarle cualquier contaminación en su vida diaria con personas de la raza negra, al tiempo que a obligar legalmente al negro a desempeñar las funciones económicas que la sociedad blanca necesita para su prosperidad.

Se enmarca además esta legislación en un alucinante régimen de progresiva consolidación autonómica de Estados negros presuntamente independientes en el interior del país —lo que se ha denominado "homelands", que no son más que auténticas reservas indígenas en las que viven mujeres, niños y viejos, porque los hombres trabajan en la economía blanca que convierte prácticamente a todos los trabajadores negros en extranjeros en su propia tierra. Extranjeros que, con implacable lógica, no tienen derecho de ciudadanía —político, legal, sindical, etc.— en Sudáfrica.

Se trata, en definitiva, de una complicada superestructura legal que define un Estado burocrático-policia de un carácter totalitario químicamente puro y que recuerda no poco a la sociedad que Orwell retratará en su "1984".

Es, por otra parte, un régimen bendecido por la iglesia cristiana predominante en el país, la Dederduits Hervomde Kerk; una iglesia metodista descendiente del puritanismo calvinista de los primitivos colonizadores holandeses que tiene una fuerte presencia en la comunidad afrikaner —muy religiosa— y que justifica en base a preceptos bíblicos el sojuzgamiento del negro por el blanco.

Sin embargo, no debiera olvidarse que, pese a toda su brutalidad despiadada y a todo su inmundo fariseísmo, las diferencias de Sudáfrica con otros países del Occidente liberal y cristiano son fundamentalmente cuestión de grado y no de esencia.

Diferencias dentro de un mismo sistema y creadas por la propia lógica de ese sistema. El caso sudafricano, en efecto, no es sino una de las muchas soluciones de emergencia que el capitalismo ha engendrado para afrontar situaciones especiales y en las que casi nunca le ha faltado, casualmente, el consolador auxilio de la religión.

Una situación especial ésta caracterizada ante todo por las indudables perturbaciones que las diferencias raciales introducen en el conflicto de clase que está en el fondo de todo régimen capitalista, y, por supuesto, de Sudáfrica. Algo agravado en este caso por el hecho de que la raza marginada no es, como suele ser frecuente, una minoría, sino, por el contrario, más del ochenta por ciento de la población. Son factores diferenciadores que hacen imprescindible la utilización de métodos inusuales en otros contextos para preservar la situación de la minoría privilegiada. Factores, al tiempo, que hacen mucho más difíciles que en otros casos la muy modesta redistribución de renta y poder social que estabiliza a las economías avanzadas: una redistribución de hecho ya imposible por el descarnado carácter de la explotación blanca, que ha conducido al país a una contradicción límite, muy probablemente violenta mientras dure.

Son circunstancias, en suma, que matizan las diferencias de Sudáfrica con las restantes sociedades occidentales y que, por tanto, deberían hacernos meditar sobre la sinceridad y coherencia de nuestra condena, sobre el carácter de nuestra comunidad y sobre nuestra propia actitud ante circunstancias semejantes. ¿Qué sucedería, por ejemplo, en Estados Unidos si los negros constituyeran la mayoría de la población? ¿Qué pensarían los comprensivos españoles si se sintieran acosados por una comunidad gitana demográficamente dominante? ¿Qué sucede sin ir más lejos, en la bien-pensante ciudad de Melilla, tan española y cristiana ella, en la que la mayoría de la población —también con el derecho de ciudadanía contestado— sufre una discriminación no muy diferente de la padecida por los bantúes sudafricanos?

Preguntas incómodas, sin duda, que nuestras sociedades pocas veces se plantean valientemente, que se arrinconan como lapsus freudianos reveladores de nuestra mala conciencia, pero que sitúan la situación en sus verdaderos términos: nuestras democráticas sociedades no son quizás muy diferentes de la represora y racista Sudáfrica. Por eso no care-

cen de fundamento las acusaciones de hipocresía de los sudafricanos blancos a los Gobiernos occidentales que les critican. ¿Qué harían ellos en su caso? ¿Quién, por otra parte, sostiene al régimen sudafricano sino el mundo occidental? No hace falta, en efecto, insistir en la evidente importancia estratégica de Sudáfrica en la economía y en la política internacionales, no sólo por sus decisivas materias primas, sino también por su inmejorable cumplimiento de las labores de agente subimperialista que le han sido encomendadas por las unidades decisorias del sistema dominante.

Por eso la hipocresía resulta insoportable. Es la hipocresía vergonzante de todos cuantos criticamos actos ajenos que nos benefician o que, incluso, practicamos solapadamente. Es también hipocresía de un sistema que escandaliza de lo que él mismo produce y mantiene y que no es, además, sino un micrócosmos ejemplificador de esa miseria provocada en medio de la abundancia que constituye la esencia y el resultado de la racionalidad imperante a escala mundial.

José Angel MORENO

Madrid

“¿COMO AMANESISTE, HERMANO?”

Aunque nunca nos encontremos con una tabula rasa que llenar, uno siempre pretende comparar, equilibrar los juicios.

Aunque Manolo vio, y Manolo pesa mucho, aunque es chiquito y poca cosa; aunque Pedro Casaldáliga vio, y pesa mucho, aunque también es chiquito y poca cosa: quise, como digo, ajustar y enfriar los juicios: Octavio y Elvira Sanabria cuentan, con prólogo de Javier Tussell, que en Nicaragua todo es “fascismo puro”.

Dos folios no me van a permitir “tirarme el folio” e intentar justipreciar “la fuerza de la razón” frente a la “razón de la fuerza”; ni serán suficientes para averiguar si alguna ley natural puede enunciarse diciendo que “la fuerza es el derecho”; ni calcularán cuánto cacumen se quemó para resolver que “el superhombre crea derecho en la medida en que en él se manifiesta la voluntad divina”.

Por otra parte, tampoco soy tan ingenuo para suponer que aquellos que, como dice Casaldáliga, “leen con los ojos cerrados” vayan a ver algo.

Así, pues, lo mejor será que busque “hablar tal como me viene a la boca” y si alguno se pregunta por el motivo del enfado, o no sabe el porqué de tanta acritud, se dirija a textos más serenos*.

*Calicles. *Contribución a la Historia de la Teoría del Derecho del más fuerte.* Adolf Menzel. U.N.A.M. 1964.

Nicaragua: *Diagnóstico de una traición.* Octavio y Elvira Sanabria. Plaza y Janés. Barcelona, 1986.

Nicaragua: *Combate y profecía.* Pedro Casaldáliga. Ayuso-Misión Abierta, Madrid 1986.

Ronald Reagan, *Esé malentendido.* Mario Benedetti. EL PAIS, domingo 31 de Agosto de 1986.

—EL PAIS. Madrid, 28 de junio de 1986 “El Tribunal de Justicia de La Haya condenó ayer a EE. UU. por sus actividades militares y paramilitares contra Nicaragua y fijó una indemnización provisional de unos 52.500 millones de pesetas, que deberá pagar Washington a Managua... Washington considera incompetente a esta instancia jurídica internacional... El Tribunal de la O.N.U. rechaza el argumento norteamericano que invoca la “legítima defensa colectiva”.

— EL PAIS. Madrid, viernes 1 de agosto de 1986. “Estados Unidos vetó ayer en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas una resolución que pedía, solemne y urgentemente, el pleno cumplimiento del fallo del Tribunal Internacional de Justicia de La Haya, que condenaba el apoyo de Washington a los rebeldes nicaragüenses. El resultado fue: 11 votos a favor, uno en contra (EE.UU.) y tres abstenciones (Reino Unido, Francia y Tailandia)”.

Hubiera querido reirme, burlarme del imperio, pero no puedo: “la noche en Nicaragua, en Centroamérica, está llena de fantasmas de muerte. La Contra acecha...”.

Preguntándome qué se puede hacer sólo escucho, atacado con más furia que otras veces, una letanía: “estoy deseando que llegue el invierno para ponerme los tirantes”. Hoy me he levantado obsesivo: uno se siente impotente, y la bestia no es mansa.

No es un hombre risible sino repugnante el que me mueve a escribir: un engendro de Pluto gobierna el mundo occidental, el Cerdo del Norte-Mamón la riqueza, padre de la necesidad, la estulticia es la única cosa que prolonga la juventud, escribe Erasmo de Rotterdam. ¡Le queda mucho! La bestia está en su esplendor: No imploren que se obture su colon, antes su mierda nos ahogará.

Ya saben Vds. que “las empresas guerreras son confiadas a parásitos, rufianes, salteadores, asesinos, villanos, estúpidos, deudores, arruinados y heces humanas de este género”: nadie espere compasión.

Uno debe dejar que las emociones reposen y que el sereno discurso racional ponga las cosas en su sitio: “esto me aparece blanco a esta luz, pero...” pero es que “yo sé que en realidad es blanco”, y que “en amor, en fe y revolución no cabe la neutralidad” y que “la ambigüedad es para los grandes sermoneadores”.

Vds han oído hablar, hasta ahora, de brutos, como dicen los antiguos, que no son sino hombres transformados por un mal genio. Pero como han debido sospechar alguna vez, y no se han atrevido a decirlo,

Ronald Reagan, por contra, no es un hombre, es sólo una ingeniosa imitación. Es el ejemplo más claro de que con aspecto humano hay seres carniceros, y de espíritu tan podrido y nauseabundo olor, que debe pasar a dar nombre a estos *Reaganos*: seres inmundos, habitantes del arcano insondable, aparecen como seres humanos ante los hombres para confundirlos y hacerles creer que son bestias.

Las huestes de “la bestia inmunda”, “el dragón apocalíptico”, levantan la bandera de la lucha anticomunista... Y el indio busca solidaridad para hacer frente a ese comunismo que nos hace padecer el cow-boy convirtiéndonos a todos en traseros para que él ejercite su pelvis.

Si cuando se nombra al diablo y no se le señala uno se asombra —ahora maneja cien millones de dólares—, ante las pretensiones manifiestas de Ronald es inexplicable que los tribunales americanos —tan pulcros y demócratas— no actúen: no sólo se ejercita en privado, sino que se exhibe usando del planeta como dormitorio.

Manolo, el indio nica que vino a casa contigo sigue arrodillado, recogido: llora y sueña, y reza; ... y me recuerda: “no se olviden nunca de nosotros”. Parece que su esperanza se hace sacrificio. Solo, padece. ¿Por qué?

“Ayer soñé que veía
a Dios y que a Dios hablaba
.....

El Momotombo escupía
una bola de fuego
que destruía
el corazón del imperio
.....

y soñé que Dios me oía...
después soñé que soñaba”.
¿Aun no te levantaste corazón?
“No temas amor, no pasarán”.

Juan RAMON CALO
Madrid